

Hizo á Muñiz la confidencia de su desgracia una noche en que volvió á ver á Volvoretta presenciando una función desde una butaca de anfiteatro. El había subido buscando un seguro rincón desde donde contemplarla á su antojo sin que le sorprendiesen. Con Federica estaba la vieja aborrecible. ¡Tan galana la moza! En sus orejas había unas chispitas de luz que sustituían los largos pendientes de amatista regalados por Sergio, unas maravillosas amatistas de dos centímetros, que colgaban en péndulo y que le habían costado tres reales. Volvoretta reía á veces con una sencilla felicidad. Buscó el enamorado al banquero con mirada de odio y no lo vió. Acaso aquel día se habría marchado á la aldea, adonde poco después de la terrible escena en su casa se había ido su familia, según la costumbre anual. Sergio se advirtió invadi-

do de melancolía; reabrióse y sangró la reciente herida del engaño. Luego, en el diván de *El Avance* hizo á *Juan del Lirio* la confesión de todo su drama.

El compañero le animó con algunas sabias máximas de su experiencia.

—El ramo de criadas—dijo—tiene, en efecto, proceder indelicados. Ha hecho usted mal en confiar. Carece usted de experiencia, y me causaría satisfacción que mi ejemplo pudiese ser provechoso para usted. De todas maneras, lo que á usted le ocurre no tiene interés.

Suspiró y pasó la mano por sus cabellos.

—Dramas, los que yo vivo, compañero. No puede usted ni soñar... ¡Si yo quisiese escribir novelas!...

Adoptó á su vez el tono confidencial.

—¿Sabe por qué no vine anoche al periódico?... ¿Recuerda usted aquella mujer que fué al baile conmigo?

Sergió indagó, después de explorar en su memoria:

—¿Aquella tan gruesa?

Muñiz vaciló antes de afirmar. Sí... un poco gruesa... pero tenía las carnes como el mármol.

—Ya le dije que yo tengo la desgracia de tropezar siempre con histéricas. Anoche me recibió á obscuras, envuelta en una túnica

blanca, con la melena suelta. Entraba la luna por los cristales de la galería y ella me esperaba en aquel raudal de luz. Quiso que yo recitase unos versos que la he dedicado, y ella fué, ínterin yo declamaba, tocando levemente en el piano el "Sueño", de *Manón*. La poesía es estupenda. Voy á decirle á usted...

Y á media voz repitió las estrofas. Hablaban de una noche de verano. El poeta había salido á correr por los montes, porque se le había incendiado en lujuria toda la sangre. Por fin encontraba una fuente; pero á su alrededor había siete ninfas, que resultaban ser los siete pecados capitales. El desdichado seguía abrasándose y trotando por valles y colinas. De pronto sonaba una música: era la música de las esferas celestes, verdaderamente inefable, entre la que se distinguía el arpa de la luna. Todos los astros expresaban de este modo su condolencia por la satiriasis que aquejaba al poeta, y le decían: "¡Amor, amor!" Él gritaba también, desesperado: "¡Amor!", y la fuente suspiraba asimismo, excitada por aquel espectáculo. Se advertía después que temblaba la tierra, "como una amada ardiente", y un fantasma envuelto en gasas corría á los brazos del vate. ¿Era un rayo de la luna? ¿Era su novia?... El poeta no lo sabía. En aquel instante todo le era igual. Los instru-

mentos siderales terminaban acometiendo un *fortissimo*, y el escritor agradecía el interés que demostraban por sus ansias carnales.

—Cuando terminé, los dos teníamos los ojos llenos de lágrimas. Después, entre mis brazos, ella tuvo una de sus crisis de histerismo. “¡Llámame Filis, llámame Filis!” — decía. Y yo—: “¡Mi Filis divina, mi Filisiña adorada!” De pronto se queda rígida, pone en blanco los ojos y comienza á debatirse en un ataque y á gritar. Figúrese usted el tremendo conflicto, porque tiene alquilada una habitación á un empleado de Aduanas, que podía acudir y sorprendernos. No pude salir hasta el amanecer.

Hizo un gesto de profunda amargura:

—Estas escenas acaban conmigo. Tengo el corazón destrozado, los nervios rotos; sé que mi vida será corta; pero la habré consumido en amar.

Rodeiro interrumpió el diálogo con un saludo:

—Buenas noches á todos. Y denme el pésame.

En el despacho del director suspendióse la charla.

—¿Qué le ocurre entonces á don Amaro?

Lo peor, lo peor que ocurrirle podía. Aquella mañana habían llegado las órdenes de as-

censo y estaba trasladado á Segovia. Con la categoría á que ahora se elevaba ya no podría nunca, hasta alcanzar el retiro, desempeñar sus funciones en la provincia. Su dolor era grande.

—Estuve á punto de renunciar á todo...

Intentaron consolarle; pero él se obstinó en sus lamentos. Fuera de Galicia viviría en una eterna nostalgia. Él no se sentía hermano de un rudo aragonés, de un frívolo andaluz, de un castellano seco y rígido. Eran otras razas, como eran otras las tierras en que vivían, sin la dulzura, sin el tierno encanto de las tierras galicianas; países en los que se creía que el gallego es un eslabón entre el hombre y las bestias, que vive en la inmundicia y en la sordidez; que habla una jergonza en la que la *o* es cambiada en *u*; que es incapaz de toda delicadeza... ¡Dulcísimo idioma de la poetisa del Sar y del enamorado Macías, en que el amor tiene una cuna de palabras mimosas y blandas como el plumón de un ave!

En el enternecimiento de su espíritu Sergio escuchaba las frases de su protector, refiriéndolas á su obsesión penosa. Se preguntaba en qué otra lengua podría hallarse un nombre tan suave, tan bien timbrado, tan justo, para representar la mariposa,—con la fragilidad de sus alas bonitas, con el ir y venir ocioso de su vuelo juguetón, vacilante,—tan grato para ser

dicho, que tanto se ahincase en el alma y se fijase en la memoria, como el amado nombre de "volvoreta". Repitió la palabra una vez y otra vez, saboreándola. Sintió entonces en el corazón como un ansia de ser poeta, para rimarla, para poderla engarzar en otras muy tiernas, henchidas de saudade, de agarimos, de dulce y tembladora emoción... Hacer un collar de inmateriales palabras y ceñirlo á aquella alma que un vuelo jugueteón trajo hasta él y otro vuelo jugueteón había llevado. ¡Volvoreta, volvoreta!...

Amaro recordaba entonces unos versos de Pondal, quejumbrosos y solitarios y sencillos, como el *alalá* de un mozo en un anochecer:

*San Pedro de Bradomín  
n'a pobre terra de Xallas:  
¡cánto fai que non te vin!*

Y Sergio pensó en la Gándara y se llenaron sus ojos de llanto. "¡Cuánto tiempo hace que no te veo, amada tierra de la Gándara! —meditó—. ¡Cuánto tiempo hacer!..." Y la nostálgica marea creció en él: su espíritu se aromó con el aroma bravo del bosque donde él creyó á veces ir á encontrar el lobo de los cuentos, y con el aroma que traían los aires del mar, y con el aroma del tojo quemado en los hogares; se arrodilló ante el recuerdo de

pinar rumoroso, siempre en verdor, y de las tardes en que las casas enrojecían bajo el beso del sol, y de los días en que la niebla guardaba en algodones el campo, y de aquella lluvia sugeridora que invitaba á sentarse en un rincón de la galería y á soñar, ablandado en pereza.

Él quería vivir siempre allí; tener un caballo que le pasease bajo los toldos de zarzas de las corredeiras, y una lancha en que acunar su melancolía en el quieto mar, cerca del romántico rincón en que se alzaban las ruinas del castillo poblado por él con los fantasmas de los héroes de *El lago de Limia* y de *Los hidalgos de Monforte*. Y que cuando en el atrio de la iglesia su cuerpo hallase una tumba, los señores de la Gándara que tuviesen asiento en el presbiterio dijese al salir de la misa:

—Ved dónde yace un amador desgraciado, que no pudo nunca olvidar.

Alguien preguntó:

—¿Cuándo marcha, Rodeiro?

—Dentro de un mes.

Abelenda decidió marchar también. Regresaría á la Gándara, después de escribir á Volvoreta una carta rebosante de amargura, en la que le culpase de haber destrozado para siempre su alegría. Pensó súbitamente que quizás su madre se negase á recibirlo. Se vió forzado á deducir que no le quedaba otro camino

que el de América: iría á América á morir sin ambiciones, sin cariños, encerrado en una fiera misantropía. Durante toda la noche contempló ceñudamente su porvenir. Hizo en una cuartilla el borrador de la carta á la ingrata, rebosando lirismo; pero se acordó de la incomprensión en que habían quedado las otras epístolas y desistió de enviarla. Rompió el papel lentamente y aventó sus trozos.

—Soy—decidió—el más desventurado de los hombres.

Y la seguridad de esta supremacía le hizo quedar más satisfecho de sí mismo.

## XXI

Amaro Rodeiro no tuvo que insistir para convencimiento del mozo. Le había dicho con voz grave, con cierta tristeza en la ancha faz bondadosa:

—Es preciso que vuelvas. Se acabó la aventura. Tu madre conviene en que no se hable jamás de lo ocurrido. Cree la pobre que estos meses de vida fuera de su amparo te han servido de lección. Ahora quedarías abandonado en la ciudad. Mi ascenso me obliga á partir... ¡Otra vez á Castilla!...

Había suspirado melancólicamente. Añadió:

—Esta tarde marcharemos en mi tilburi.

Y Sergio calló, también melancólico.

Partieron. Fué como una caminata hacia la paz. Cuando la copa de un árbol ocultó la última pared blanca y el más saliente tejado rojo del pueblo, llegó el blando sosiego campesino el último rincón de sus ánimos. Atrás.

quedaban las preocupaciones ciudadanas, dispersas como tropel de brujas sorprendidas por el canto del gallo ó por la aparición del ofuscante sol á la mitad de su aquelarre.

Sergio iba sintiendo poco á poco penetrar en él la suave paz campesina y levantarse, evocadores, mil recuerdos sutiles, como si volviese de un largo destierro. Callaba, mirándolo todo con avidez. En el polvo de la carretera, las rodadas le parecían como la indicación bondadosa que en los cuentos de niños guía á los personajes hacia la hospitalaria casita del bosque ó hacia el palacio extraño donde un buen rey de barbas blancas pide la solución de tres enigmas como precio fijado á una breve mano de princesa.

Al pasar el coche, saludaba un campesino ó miraba, curiosa, una mujercilla jineta en un caballo de piel oscura, de larga crin. Todo era quietud veraniega; hasta en el cansado rodar del coche parecía sentirse el mandato imperativo de la calma. Humeaba una casita junto al charco de una represa, y un álamo negro, torcido, parecía ir á caer para formar puente sobre el terso cristal. Y en un recodo se mostró de pronto la ría, plana, inmóvil, en el verde vaso de los montes que la rodeaban; y en medio de un intenso azul, robado al cielo, la mancha sepia de una dorna, y en la dorna la

motita roja de un pañuelo de mujer, que volvía acaso de mariscar en los bajos arenosos que descubría el reflujo.

La amargura de su desengaño tuvo aún un aleteo en el alma juvenil, al divisar los grandes olmos de la carretera de la Gándara. Pero el mismo paisaje amigo le devolvió la paz. Deseó fundirse en él. ¡Sentirse árbol, sentirse mata, sentirse hierbecilla!... ¡Dios mío; si pudiese contarse todo lo que dice al alma el enorme silencio de la tarde aldeana!... ¿Quién lo narró jamás? ¿Imagináis el contraste de la verdad con el artificio del poeta que busca palabras, del pintor que elige colores? ¿No habéis advertido muchas veces esta sugestión del campo, esta enérgica reclamación que hace de vuestra alma, de vuestro cuerpo mismo? Llegáis; habéis saltado del automóvil ó del coche; tenéis en lo íntimo cierta sensación de hombre que está descentrado, fuera de medio; que condesciende á pisar el barro de los caminos estrechos y á escuchar la infantil charla aldeana; entráis como un ateo cortés en un templo. Y poco á poco, el recogimiento, la grave quietud, penetra en el alma como una suave admonición, y corre por vuestro espíritu como si hallase abierto en él un viejo cauce. ¿Qué eres tú, voz aldeana, qué eres tú, que tienes tan aguda angustia en tu paz?

Y la voz habla lentamente, y el alma la oye con un íntimo amargor, como una mujer que llorase al saber la pena de un amador desdeñado.

Eres la verdad. Eres el aldeano ignorante, que no siente el ansia ponzoñosa de saber; que siembra y recoge; que al sembrar piensa que el desamor ajeno no puede estorbar el crecimiento de la planta nueva; que al recoger tiene el alto orgullo de su obra. Eres la mujer sencilla que no sabe engañar. Eres la ley sabia y la ley fuerte de la Naturaleza. Y en ti es santa la ignorancia del hombre y en ti es santa siempre la caricia de amor, por ser de amor, y en la fuente donde bebió un sediento, bebe otro sediento, feliz por hallar el agua fresca y rumorosa, sin el escrúpulo atormentable de que otro cariño descubrió antes el manantial y aplicó á él sus labios ansiosos.

Y la voz aldeana os dice:

—Tú eres así también; tú debes ser así; las pobres ideas tuyas son como las plantas parásitas de mis campos, y ellas te han podido ocultar la verdad.

Y sentís entonces un punzante dolor, como si hubieseis negado á la madre humilde, á la madre buena, porque no fuesen de moda sus vestidos ó fuese torpe su hablar. La vida debiera ser así: conocer tan sólo los pequeños

misterios, las pequeñas sensaciones del campo, sin torturas, sin retorcimientos del alma. Sentirse aldeano rudo. Mejor, sentirse alondra que canta, cuervo que pasa, mastín perezoso y atento á la vez. Mejor aún: sentirse árbol, mata, hierbecilla.

Ser primero semilla en el surco, en la grieta donde el azar la pusiese. Romper la tierra, subir. Ser alfombra blanda, ser sombra amparadora. Gustar el bien de soportar un nido; gustar la alegría de la lluvia y la caricia del sol. Y á veces, cuando el viento llegase del mar ó bajase de las montañas, mover la copa poblada y cantar como cantan los árboles: sordamente, con un contenido placer de sanidad.

Y al fin, un día, muchos días, ir muriendo poquito á poquito, secándose una á una las hojas, haciéndose leñoso el tronco flexible; y morir así con la más bella muerte, sin saber de pasiones, sin saber de tristezas, sin saber del bien ni del mal. En un divino egoísmo; con un alma diminuta, extraña, que no conociese una traición, que no debiese una gratitud, que no hubiese soñado nunca con moverse del palmo de tierra del barranco ó del cerro donde cayó una vez la semilla que trajo una ráfaga loca.

¡Si se pudiese borrar la vida y recomenzar-

lal ¡Si se pudiese elegir! ¡Si pudiésemos matar el germen atormentante, venenoso, de la vida ciudadanal... Con qué tristeza se piensa que en todo el campo no hay tierra bastante para sepultar el maleficio del ambiente vivido, tan poderoso que una sola amargura suya entenebrece. Con qué devoción, con qué ansia extrahumana se recibiría la limosna de esta paz en que nos sentimos extraños.

¡Oh, ser árbol, ser roca, no saber, no querer, no importar nada, no tener un alma enloquecida siempre con uno, siempre en un monólogo de obsesión, de tormento!

Pero en el joven el ambiente amigo recuperó súbitamente su influjo. ¡Tanta ternura había en el olor de la brisa que llegaba del mar, atravesando el bosque de pinos!... Cuando abrazó á doña Rosa, grave, pálida, rompió á llorar. Luego, ante el severo retrato de su padre, entogado, solemne, tuvo la tentación de una reverencia.

Amaró cenó con ellos, para atenuar lo violento de las primeras horas. Después, acodado en la galería, mirando la negrura de la noche, esperó á que enganchasen el caballo que había de llevarle á su caserón. Isabel asomóse también. Callados, desvaída la atención en la

sombra infinita, permanecieron así largo tiempo. Un fuerte aroma campesino crecía en la tibieza del aire encalmado. Débiles rumores llegaban alguna vez: acaso el zumbido de un insecto, acaso el rozar de las tiasas hojas de maíz contra el cuerpo del invisible perro vigilante que atravesaba la era... Muy lejos se oyó el chirrido de los carros que venían de las aldeas remotas á buscar la arena de la playa. Entornando los ojos, Isabel hacía llegar los destellos de algún astro de cambiante color hasta la misma tierra tenebrosa, claros y rectos como un haz de saetas milagrosas de suave luz.

En la casa de los Solís había una ventana iluminada: la del oratorio donde doña María, entre su servidumbre, guiaba con suspirante voz el santo rosario. Las cuentas de azabache eran invisibles sobre su negro traje; destacábanse en el marfil de las manos y volvían á fundirse con el triste luto. Ella, cerrados los ojos, pálida, esquelética, gemía las palabras de la oración, que el murmullo de voces le devolvía. Después, cuando los servidores marchaban, aún rezaba largamente ante el Cristo sangrante y trágico, cuya sombra hacía temblar en la pared la lamparita de aceite. Cada noche doña María pronunciaba un nuevo voto de sufrimiento, de penitencia cruel, á cambio

de la vida de sus hijos, más transparentes, más ahilados de mes en mes, cargados de amuletos ineficaces, tristes, serios...

Isabel dijo al fin, en voz baja, como si temiese romper el encanto de la enorme quietud:

—¡Cuánta paz hay en la noche! Parece que alrededor de nosotros todo ha desaparecido.

Rodeiro calló. Pasaron unos instantes.

—Isabel.

—¿Qué?

Pero Rodeiro tornó á enmudecer. La joven contempló nuevamente la estrella diminuta para prolongar sus hilos de luz. Otra vez, pero más mimosa, más cerca, más apagada, la voz varonil susurró:

—Sabeliña.

Y siguió todavía más próxima.

—Tengo que decirle que estoy enamorado de usted, que siempre estuve enamorado de usted...

Un silencio. La voz, más emocionada, casi temblorosa, agregó:

—Dentro de un mes marcharé; si quiere, antes de un mes nos despedimos los dos de la Gándara en la iglesia de Santa María...

Al dar las once el reloj, doña Rosa miró, soñolienta, la esfera:

—Ya son las once.

Sergio repitió con la misma entonación de escándalo de su madre:

—¡Ya son las once!

En la estancia parecía haberse amortiguado la luz; había un suave sopor en el ambiente, en las personas, en las cosas. Se había oído correr en la puerta los pasadores de hierro, y después, las pisadas estrepitosas de los zuecos de Chinto, que regresaba, cumplido aquel su último deber de la jornada. Rafaela, antes de subir á su alcoba había entrado en el comedor. Arrimada al quicio, con sus manos ocultas bajo el mandil, contemplaba á Sergio visiblemente, casi maternalmente complacida de su regreso. Chinto apareció también á recibir órdenes. Era preciso que acompañase á Rodeiro con un farol por entre los campos tenebrosos. Rafaela inquirió, viendo solivarse á Sergio en su silla:

—¿Tiene sueño ya?

—Sí, tengo sueño.

—“Allá” no se acostaría tan temprano.

—No.

Aventuró aún:

—Acaso á la una de la noche.

—Más tarde.

—Á lo mejor, á las tres.

—Más.

Rafaela interrogó, asustada:

—¿Y qué harán á esas horas, señor?...

Explicó Chinto con aire de hombre bien enterado, que habla á un ser de inferior cultura: —Hacen esas cosas que ponen los papeles, mujer.

Sergio entró en su cuarto. En los vidrios del balcón, el fondo negro de la noche hacía espejo para su imagen. Desde fuera, aquella ventana iluminada tendría á lo lejos un apacible encanto misterioso. ¡Oh el grato hogar!... Desnudóse, se zambulló en el lecho, apagó la luz. Oyó el crujido de aquellas escaleras que tantas veces había subido, y que gemían ahora bajo el peso de la anciana criada. Y entonces volvió á pensar en Federica, pero sin rencor ni pasión, como en algo muy distante ya. Pensó un minuto. El sueño envolvía en gasas su facultad evocadora. ¡La cama era tan blanda, tan amparadora la quietud, tan profundo el recogimiento de la noche!...

Y casi vencido ya por el sopor, recordó con el mismo espanto de Rafaela aquellos hombres que á esa hora comenzarian su labor en *El Avance*, llenando cuartillas con "esas cosas" complicadas y absurdas que "se ponen" en los periódicos...

FIN

## EXTRACTO DEL CATÁLOGO

	Pesetas
<b>Agrasot</b> (Ricardo). Historia, teoría y técnica del Arte Egipcio.....	10
<b>Alarcón</b> (Mariano). El narrador de parábolas (novela).....	3,50
<b>Alberola</b> (Ginés). San Ignacio y los Jesuitas.....	3
— Semblanza de Castelar. Su vida política y su vida íntima.....	3
<b>Antón del Olmet</b> (Luis) y <b>García Carraffa</b> (Arturo). <i>Los grandes españoles</i> : Galdós.....	2
— Echegaray.....	2
— Maura.....	4
— Canalejas.....	4
— Moret.....	4
— Alfonso XIII (dos tomos).....	8
— Menéndez Pelayo.....	4
<b>Aponte</b> (Adolfo). Paisajes de almas (poesías).....	3,50
— Canciones remotas (poesías).....	3
<b>Arce</b> (Francisco). La Calatrava (novela).....	3
<b>Aretino</b> (Pedro de). Comedia del Herrador.....	4
<b>Arévalo</b> (Joaquín de). Misterios del lupanar (novela).....	1
<b>Argüello</b> (Santiago). De tierra... cálida (poesías).....	3
<b>Arroyo</b> (Anacleto). La industrial bilbaína (orígenes y efectos de una huelga).....	2
<b>Bachiller Cantaclaro</b> (El). Los señores diputados (400 semblanzas en verso, con prólogo de Galdós).....	2
<b>Bachiller Kataclá</b> (El). Epigramas.....	2
— Cantes gitanos.....	2
<b>Barbey d'Aurevilly</b> (J.). La cortina carmesí (novela).....	0,50
<b>Baroja</b> (Pío). Paradox, rey (novela).....	3
— Los últimos románticos (novela).....	3
— Las tragedias grotescas (novela).....	3
— La dama errante (novela).....	3
— La ciudad de la niebla (novela).....	3
— La feria de los discretos (novela).....	3,50
<b>Barrantes</b> (Pedro). Delirium tremens (poesías).....	3
<b>Barriobero</b> y <b>Herrán</b> (Eduardo). Cervantes de levita (crítica so cial).....	1